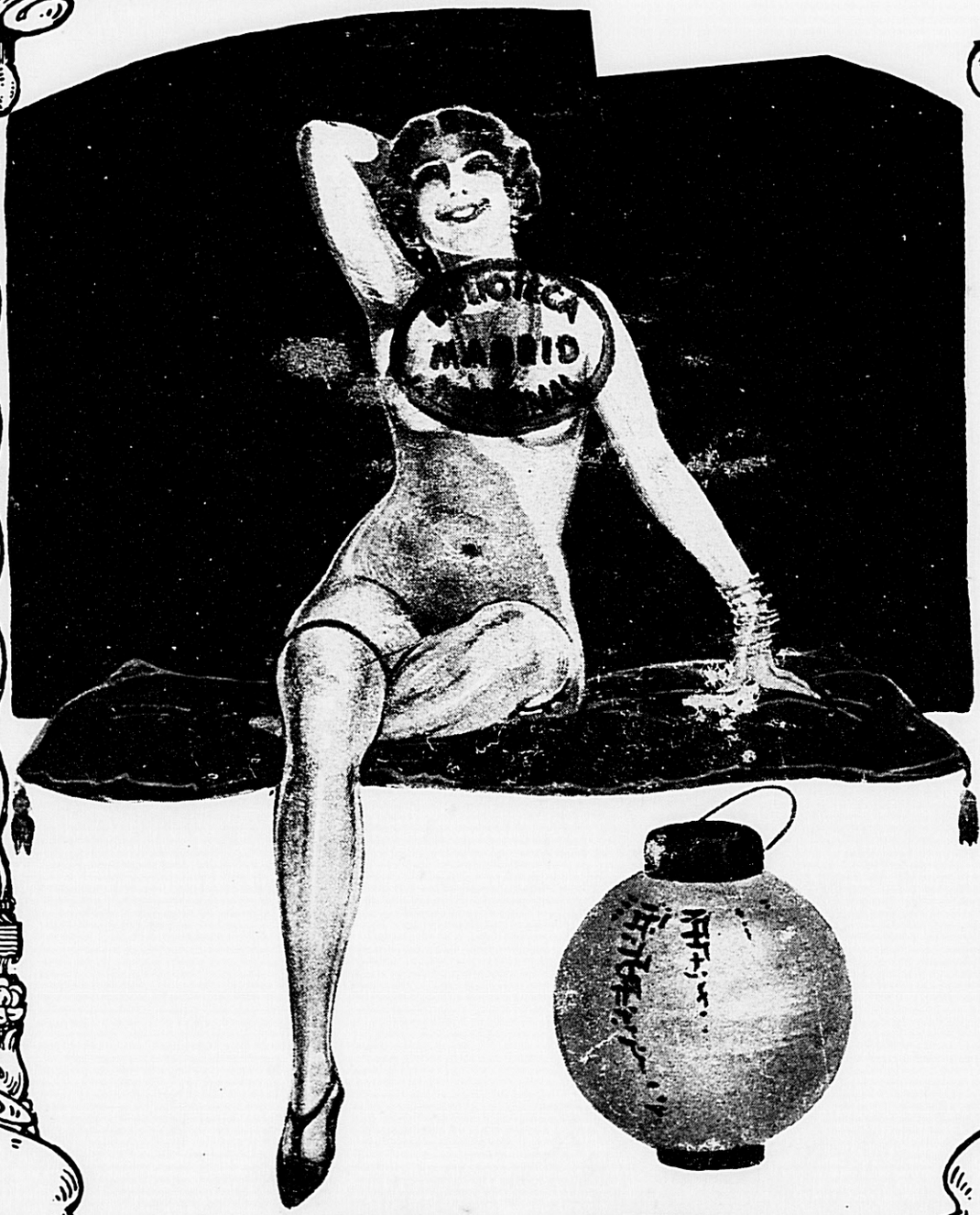
La Novela Era
1
232727



NOCHES DE MONTMARTRE

· RENÉ · AMBLON ·

1

232727

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

NOCHES DE MONTMARTRE

47/1505615

Administración:
Doctor Esquerdo, 6
:: Madrid ::



R. 322951

LA NOVELA EXQVISITA

En el número próximo publicaremos una novela titulada

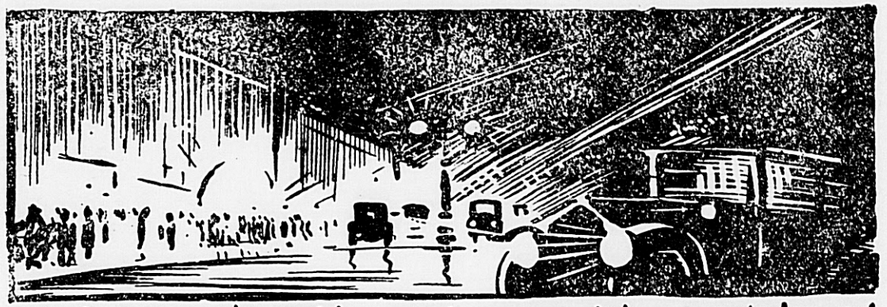
LA ALEGRIA DE JUGAR AL TENNIS

POR

RICARDO GOMEZ OFFIEL

ILUSTRACIONES DE EROS

PORTADA DE LOYGORRI



LAS NOCHES DE MONTMARTRE

I

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Muy próximo a los sesenta ya, pero de buen aspecto, con frescos colores de manzana y un tipo apetecible, Augusto Bonnard, el gran Augusto Bonnard, se retiraba de la vida pública. Esto es, que dueño de un capitalito regular, se iba a una apartada aldea del Oise, donde había adquirido una casita con un pequeño huerto, para dejar allí que transcurrieran los últimos años, que prometían no ser escasos, de su feliz existencia.

Augusto Bonnard era el *mâitre d'hotel* más popular y que con más simpatías contaba en Montmartre. Se le llamaba con justo título, el rey de los *mâitres d'hotel*. Más de la mitad de su vida había pasado en el *Au bon gros diable*, el famoso restaurante de la plaza Pigalle que, en tiempos,

había llegado a ser tenido en competencia por el mismo *Moulin rouge* y *Le rat bleu*. Nadie como Augusto Bonnard sabía aconsejar un plato, confeccionar un buen menú, recomendar un vino, acertar con lo que le gustaría al cliente estragado, dar un buen fin a un mal asunto, proteger a una *midinette* desamparada, llevar la belleza añorada al tímido, quedar con todos bien y aparecer como un desinteresado y amable amigo de todos, dentro de su esfera, de la que jamás se salió. Como de un plato de perdiz con legumbres se desprende un aroma que abre el apetito, de la presencia del excelente Augusto Bonnard se desprendía como un aroma de bondad y optimismo que hacía amar la vida. No había en todo París—y al decir en todo París queda dicho en toda Francia y en todo el universo—un *mâitre d'hotel* que se le pudiera comparar. Indudablemente, el *Au bon gros diable* perdía un tesoro con la retirada de Augusto Bonnard.

Las bellas mercaderes de amor adoraban en él; y él, siempre paternal con ellas, jamás había tenido una debilidad que las pusiera en guardia. Por cierto que esto las intrigaba algo. Pero Augusto Bonard se definió muy bien al contestar a una de ellas, que le preguntó si era, de verdad, un abstemio:

—No, hija mía; pero yo soy como los pasteleros, que no catan nunca su género.

No era un abstemio, sino que se conformaba con lo suyo. Hacía ya muchos años que estaba viviendo con Margarita Vennard, una contadora de un bar de poca categoría, mujer de más de cincuenta años, ni guapa ni fea, ni gorda ni flaca, ni lista ni tonta, con el labio un poco partido y con una erisipela antigua que daba una interesante rubicundez a sus mejillas... Augusto no necesitaba más. Por las madrugadas, terminado el ajetreo del gran restaurante, se iba a su pisito de la rue des Martirs, y se acostaba con Margarita, que solía decirle:

—Harías mal en engañarme con esas pelusconas, Augusto: Dios te castigaría con una enfermedad vergonzosa.

Augusto se encogía de hombros y se entregaba plácidamente al sueño. Y aunque, a decir verdad, ya estaba un poco harto de aquel labio partido y de aquellos carrillos que parecían un jamón de York, se consolaba pensando en que no hay ninguna que no tenga sus defectillos más o menos visibles, y con esto le bastaba para ser feliz.

En aquella su última noche de servicio, había gran bullicio en *Au bon gros diable*. Augusto seguía como siempre, amable, indispensable. Cuando entró el barón sueco Musetierne acompañado de su señora, Augusto salió a su encuentro sonriente y simpaticón:

—Me ha costado mucho trabajo, señor barón, pero he podido reservarle a usted aquella mesa... Venga usted, señor barón..., señora baronesa...

Se trataba de la providencia de las busconas sin suerte. Los dos barones suecos, adiposos, todo bondad y sonrisas abobadas, tenían un singular placer en invitar a un reservado a dos muchachas para que se representaran y consumaran en su presencia las escenas a que dió su nombre la excelsa Safo. Augusto les dió la noticia de su partida, que apenó un poco a la estrafalaria pareja; luego, les llevó dos desgraciadillas que vagaban en la soledad, y se em-

bolsó cien francos del barón, que quiso demostrarle su estimación de aquella manera.

Eran ya las tres y media de la mañana cuando Augusto se despedía del personal de *Au bon gros diable,* apurando unas botellas en la cueva. Pronunciando estaba un discurso de circunstancias, que cortaba la emoción a veces, cuando el botones vino a avisarle. Preguntaba por él Alicia, la morenaza bordelesa. Dos noches antes Augusto le había proporcionado un polaco borracho que la había aportado una buena ganancia. Alicia le dió, conmovida, una pitillera de plata que le dedicaban como recuerdo, cuatro asociadas agradecidas. Sus nombres estaban grabados en el revés de la tapa de la pitillera:

Alicia, Germana, Luisa, Josefina,
a su inolvidable M. Augusto.

Eran cuatro, como los tres mosqueteros, que vivían como hermanas. Augusto las besó paternalmente, mudo por la emoción. A las cuatro y media de la mañana, terminadas todas las despedidas, entraba en su pisito, un poco melancólico. Margarita, en camisa y con el pelo lleno de papillotes, le abrió la puerta. Depositó en la mesa los 750 francos que le había valido aquella última noche, además de la mesada cobrada, y la mostró la petaca, que hizo muy poca gracia a la buena mujer.

—¡Vaya una de guarradas que habrás hecho tú con esas pelinduscas, viejo sátiro, para que te brinden esos regalitos!

Augusto, como solía hacer siempre, se encogió de hombros y se quedó plácidamente dormido, mientras Margarita seguía gruñendo:

—¡Que dirías tú si mis parroquianos me hicieran a mí un regalito como ése, ¿eh? ¿Qué dirías?

Augusto no decía nada. Roncaba como un bienaventurado.

Fué un acontecimiento histórico en Allceaurcone la llegada de aquel personaje nuevo, aquel señor de buen aspecto, vestido de negro, con elegancia y distinción, y que llegaba nada menos que de París, del mismo París. Al principio, se le adjudicaron toda clase de estados sociales, desde marqués hasta bandido, hasta que vino en saberse—¿qué es lo que en una aldea no llega a saberse?—que se trataba del gerente de un gran restaurante de Montmartre. Otro de los motivos de murmuración era el estado civil de la pareja Augusto Bonnard, Margarita Vennard, y en esto llegó a averiguar toda escandalizada la señora del notario, Madame Cocqueaux, que no estaban casados como Dios manda —¡como si en las palabras de los libros santos hubiera alguna apostilla complementaria a aquello de *crescite y multi-*



plicamini!—, lo cual produjo no pequeño alboroto entre las damas de Allceaurcone y dió cierto realce a las figuras de los recién advenidos entre los caballeros. Todos estos dimes y diretes no daban ni frío ni calor a Augusto, que se sentía feliz viviendo en plena naturaleza, dando de comer a aquellas aves de corral que tantas veces había dado a comer a los gastrónomos de *Au bon gros diable*, y sembrando una porción de cosas fantásticas en su pequeño huerto, para lo que se servía concienzudamente de las instrucciones de un Manual de Agricultura que tenía el tamaño de dos años encuadernados de *L'Illustration*.

A las dos semanas de estancia en el pueblecillo decidió presentarse en el único café de Allceaurcone, cuya tertulia le había venido invitando insistentemente el secretario de la alcaldía, hombre algo corrido, pues, aunque jamás estuvo en París, había pasado cerca de seis meses en Reims hacía algunos años. Este funcionario, Gaston Vallais, había tenido que visitar a Augusto para llenar ciertas formalidades municipales, y con este motivo se daba aires de íntimo del parisino en la tertulia del café de Allceaurcone. Anunció el esperado acontecimiento a sus contertulios habituales, el notario Cocqueaux, el maestro de escuela Bossinet y el granjero Pondrette o el tío Lapa, como se solía llamar, por su aversión a todo lo que radicara dos metros más allá de Allceaurcone, pueblo en el que había nacido y del que no había salido jamás.

Cuando se presentó Augusto en el café hubo un silencio algo embarazoso. El dueño del establecimiento se aturrulló lamentablemente, ante aquel maestro, cumbre del oficio, como un tenientillo de poco más o menos ante la presencia

de un mariscal de campo cargado de laureles. Los contertulios de Vallais se levantaron muy ceremoniosos y se cruzaron saludos, inclinaciones de espaldas, presentaciones y otras *soufle pour landeries* interminables. Luego se jugó un *poker* a medio céntimo el tanto y apuntando con cerillas. Terminada la partida, Augusto, que había ganado 82 céntimos y una cerilla, pagó una botella de lo añejo y el secretario, haciéndose el enterado y despistojándose en fuerza de guiños, empezó a sonsacarle para que contara cosas divertidas de aquella vida de Montmartre...

—Sus mejores clientes serían los americanos, ¿no?..., insinuó.

—Si—Contestó Bonnard, hablando con la más perfecta y bonachona naturalidad—. Como el cambio está tan bajo... ¿Qué les importa a ellos una cena de cincuenta luises? ¡El dinero que distribuían entre las muchachas para divertirse con ellas!... Teníamos un argentino que venía todos los viernes y se metía en un reservado con cuatro chicas... ¿y saben ustedes en lo que se entretenía? Pues en meterlas billetes de diez dólares en el conducto que hay entre las dos nalgas, invitando a las otras a que se los sacaran con los dientes...

El tío Lapa dió un salto; sus risas hacían temblar los cristales del café. Los otros se quedaron con la boca abierta y los ojos dilatados por el asombro. El mismo Vallais se encontró empequeñecido ante aquella revelación inesperada.

—Y no es una excepción—continuó impertérrito Augusto— ; ¡lo que yo he podido ver en estos treinta años largos de talle metido entre gente alegre! Ya tenía costumbre. A lo mejor entraba en un salón y me encontraba con un tipo que tenía el cubo de refrescar el champán a modo de sombrero, que se divertía en escachifollar fresas sobre los lindos pechos desnudos de una mujercita encantadora... Yo, como si tal cosa, me contentaba con decirle al camarero: "Añada 80 francos de caprichos en la cuenta del 7".

—Fresas escachifolladas en los pechos de las tunantas!... ¡Billetes metidos en el trasero para que los saquen con los dientes!... ¡Truenos, centellas, rayos y demonios encendidos!... ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!...—repetía, con voces estentóreas y carcajadas del 42, el ingenuo tío Lapa, que no recordaba haberse divertido tanto en todos los días de su vida.

Cuando se retiraban, ya cerca de las doce—hora insólita—, todavía el tío Lapa se paró en medio de la calleja que conducía a su granja, y dijo de pronto a Augusto, que se había quedado sólo con él:

—Me estoy figurando a mi mujer desnuda con unos billetes metidos en el ojo moreno y a esa grulla de señora Coccueaux sacándoselos con los dientes postizos...

Y ante esta idea, se echó a reír con tal estrépito que empezaron a ladrar todos los perros de los alrededores, armando una infernal algarabía.

Augusto se sentía feliz como nunca lo había sido, a pesar de que sus progresos como agricultor no iban muy allá que digamos. Siguiendo los consejos del *Manualito* había regado sus lechugas con una mezcla de vinagre, bicarbonato, agua de vegeto y jarabe de ipecacuana, y se habían quedado anquilosados. A las zanahorias las había salpicado con aceite de hígado de bacalao, porque tenían muy mal color, y en vez de engordar y ponerse escarlata, se habían secado lastimosamente. No obstante, Augusto tenía la fe ciega en su famoso

Manual, cuyas 2.729 páginas se había aprendido casi de memoria.

Su amistad con los contertulios del café se fué estrechando más. Como un día ofreciera cigarrillos, se fijaron en la dedicatoria de la pitillera y empezaron a embromarle con Alicia, Luisa, Germana y Josefina.

—Serán cuatro furcias, ¿eh?—preguntó el secretario haciéndose el picarón.

—Nada de eso. Cuatro grandes señoras que iban algunas noches, de incógnito, a olvidar penas al *Au bon gros diable*. Alicia es marquesa; Luisa, baronesa, y las otras dos, la una es esposa de un ministro y la otra, de un banquero norteamericano...

Iba así, pues, Augusto de éxito en éxito, y su personalidad, sin que él lo pretendiera, empequeñecía a todas las destacadas de Allceaurcone. Y transcurrió más de medio año en esta vida arcádica, cuando un accidente funesto vino a interrumpir la dicha del buen Bonnard. Fué sencillamente, que Margarita tuvo la mala ocurrencia de morirse de una angina de pecho.

Augusto se afligió realmente por aquella pérdida. No en vano se vive en conjunción copulativa más de veinte años con una buena mujer, aunque sea un tanto gruñona, tenga rubicundeces erisipelaicas y el labio superior partido en dos por gala. Preparó, por tanto, unos funerales decentitos y repartió profusión de esquelas. Por cierto que una de éstas, enviada a sus camaradas de *Au bon gros diable* vino a caer en manos de los tres mosqueteros, o sea de Alicia, Luisa, Germana y Josefina. Y teniendo poco que hacer no se les vino a estos cuatro diablos a las mientes otra cosa que ir a los funerales de la compañera del querido papá Bonnard.

Grande fué la sorpresa de éste cuando al volver la cabeza en la iglesia se encontró con las cuatro arrodilladas. Fueron con él al cementerio y se quedaron a comer en la casa, juntamente con el notario, el secretario de la alcaldía, el maestro y el tío Lapa, que no consintieron en abandonar a Augusto en aquellos penosos momentos.

—¿Son éstas las de la pitillera?—preguntó Vallais a Bonnard en un momento en que encontró ocasión para ello.

—Las mismas—respondió Bonnard.

Inmediatamente se fué transmitiendo la noticia de boca en boca:

—Son las de la pitillera...

—Son las de la pitillera...

—Son las de la pitillera...

Los dos primeros tercios de la comida fueron correctos, casi ceremoniosos. Augusto había advertido a las cuatro mujeres en qué concepto las tenían sus amigos, y ellas hacían esfuerzos heroicos por aparentar los modales y los melindres de las grandes señoras de la aristocracia y la banca. Pero, ¡ah! No fies en perro que no ladra, en auto que no amaga, ni en niña alegre que se pone versallesca. Después de una botella y de otra se bebió otra y luego otra. Las miradas se encendieron. Las mejillas se colorearon. Cualquier pequeña chispa podría provocar la explosión. Un gato, al que un comensal pisó la cola, lanzó un maullido en trémolos grotescos, que excitó la primera carcajada. Una observación oportuna provocó la segunda. La aparición de nuevas botellas las convirtió en fuego graneado, y aun no eran las once



de la noche cuando Luisa, la baronesa, estaba sentada en las rodillas del notario; Germana, la señora del ministro, se dejaba hurgar por el secretario; Josefina, la financiera norteamericana, enlazaba con un brazo el cuello del maestro de escuela, y el del tío Lapa con el otro, y la marquesa, Alicia, que la había cogido llorona, besaba con frenesí, entre hipos de llanto desgarradores, al pobre Augusto Bonnard, que movía la cabeza indulgentemente.

Gracias a que el tren de París salía a las dos de la mañana, los vecinos de Allceaurcone no pudieron ver la extraña procesión que, camino de la estación, formaban tres de aquellas aristocráticas damas, montadas a horcajadas en los hombros del notario, del secretario y del tío Lapa, respectivamente, mientras Alicia y Augusto, delante de todos y del brazo, lloraban estrepitosamente y se tambaleaban de un modo lamentable.

III

Un día, pasados ya bastantes de la muerte de Margarita Vennard, Augusto se dió cuenta, de pronto, de que se aburría soberanamente en Allceaurcone. Descuidó sus labores agrícolas, con lo que prosperó notablemente su huerto. Los cuidados de una vieja criada que hacía los menesteres domésticos, no podían sustituir a los de Margarita. La tertulia del café no era precisamente un programa. Y el campo, la paz idílica de la aldea, la vida arcádica, le resultaban, a la larga, francamente insoportables.

El secretario de la Alcaldía había evocado la noche anterior a Montmartre, como tantas veces hacía, para provocar alguna historia divertida de labios de Augusto. Pero aquella evocación fué el golpe de eslabón que produjo la chispa de una idea en el modesto cerebro del ex mâitre d'hotel. Se presentó

a su imaginación Montmartre, las noches de desenfreno, las mangas a toda orquesta, las pirandonas seductoras y alegres... Desde la muerte de Margarita llevaba ahorrados más de mil francos sobre su pequeña renta. Así, pues, ¿por qué no había de hacer una pequeña escapada a Paris y entrar por la puerta grande, en cliente, en *Au bon gros diable?*

Tal como lo pensó lo hizo. La vista de la plaza Pigalle, en la que desembocaba triunfalmente a las diez de la noche, hizo palpitar su corazón. Le sobrecogió una indefinible emoción. Pero cuando entró en *Au bon gros diable* se sintió como decepcionado. El restaurante había cambiado de dueño y de personal en todo aquel tiempo. No conocía allí a nadie, ni nadie le conocía a él.

Cuando daba fin, un poco entristecido, a un plato de pollo y a una botella de Burdeos, vió entrar a Alicia, que dirigió una mirada investigadora a todas las mesas, como buscando a alguien. Cuando la mirada de Alicia llegó hasta el sitio que Augusto ocupaba, los ojos de la morenaza bordelesa se animaron y corrió hacia su amigo, con una sonrisa radiante.

—¡Qué sorpresa! ¿Cómo por aquí, M. Bonnard?

—Ya ves, rica. Asuntos...

—¿Asuntos? A echar una cana al aire es a lo que ha venido usted a París...

—Puede ser.

Alicia se había sentado a su lado, mimosa e incitante.

—¿Dónde anda la buena gente?—la preguntó Augusto.

—Nadie queda aquí ya de los de antaño. Todos están ahora en el *Au méchand diable maigre,* que es el restaurante que ha adquirido ahora el antiguo dueño de éste, M. Diavolet... ¿Vamos allí?

—Ahora mismo.

Pagó su cuenta Augusto, dejándose clavar una buena banderilla, no sin protesta de Alicia, que hizo venir al mâitre d'hotel. Este, informado del personaje a quien trataba, le rebajó cinco francos, con lo que Alicia y Augusto salieron del brazo camino de *Au méchant diable maigre,* que estaba a no muchos pasos de allí.

La entrada fué verdaderamente triunfal. Todo el personal rodeó bulliciosamente al hijo pródigo, y las niñas noctívagas conocidas le abrumaban con sus mimos y sus arrumacos.

—¿No os parece—les decía Alicia, orgullosa de haber sido la del afortunado hallazgo—que se estaba aburriendo en *Au bon gros diable* como una babucha vieja en una mesa de noche?

—O como un orinal rebosante en el mismo sitio—corrigió Germana, que tenía una particular predilección por las imágenes puercas.

Tados las atenciones recaían sobre Augusto, que rebosaba de felicidad. Los demás clientes le consideraban con envidia, viéndole tan festejado.

—¿No sabes, papá Augusto—le confió Josefina—que monsieur Cocqueaux, el notario, me escribe cartas apasionadas todas las semanas?

Las tres de la mañana eran ya cuando empezó a descender lentamente el telón sobre la apoteosis de Augusto. Las niñas se habían ido alejando con cortejos ocasionales. Germana se dejaba explicar prácticamente la teoría del rascacielos por unos norteamericanos, y Luisa, borracha como una cabra, se había desplomado sobre un diván. Alicia únicamente

había quedado junto a Augusto. Este empezó a recapacitar en que su forzada castidad se había ido prolongando demasiado tiempo, y con voz un poco ronca dijo a la morenaza bordelesa:

—¿Verdad que es un poco raro que tú y yo, después de conocernos desde hace tanto tiempo, no hayamos hecho nunca... planchas yuxtapuestas?

Alicia, sonriendo—la frase de planchas yuxtapuestas la había vulgarizado ya en *Au bon gros diable* un empresario de circo—, le contempló un instante, con esa mirada indefinible de las mujeres cuando hacen una plancha yuxtapuesta mentalmente con un ser del sexo opuesto. No le desagradó el aspecto de Augusto, todavía fuerte, colorado y de aspecto simpaticón.

—¿Quieres ganar el tiempo perdido, calaverón?—le preguntó.

—Nunca es tarde si la dicha es buena.

—Pues al avío, y ni una palabra más.

Media hora después, Augusto, seca la garganta, contemplaba cómo la morenaza bordelesa se iba desnudando ante él en el cuarto amueblado que ocupaba no lejos de allí. Cayó de su cuerpo el vestido de seda; la puntilla del cubrecorsé velaba apenas las gruesos y erectos senos; salió fuera el corsé, y Alicia quedó sólo con su camisa finísima y los pantalones, que se deslizaron por sus piernas rectas y magníficamente torneadas. Se descalzó, dando dos zapatetas, y se tumbó en la cama mullida, subida hasta el vientre la camisa y alargando a Augusto los dos robustos brazos morenos. En ellos se precipitó frenético nuestro buen Bonnard, que saboreó delicias que había



desdeñado tantas veces en los tiempos en que estaba bajo el yugo de Margarita Vennard.

¡Qué tiempo había perdido! Este pensamiento le atormentaba todavía, ya bien entrada la mañana, y como si él hubiera sido un poderoso excitante, se vió obligado por la necesidad imperiosa a despertar a Alicia, que yacía en profundo sopor, para volver a empezar. Alicia, condescendiente y cansada, se prestó otra vez a las enardecidas caricias de su antiguo amigo, mientras pensaba en la cuenta de la lavandera, en una piel que la encantaba, pero que la costaría demasiado cara; en los pocos días que faltaban para que cayera la renta de la habitación... Una o dos veces suspendió estas meditaciones tan poco eróticas para lanzar unos maullidos de gata en celo, según exige el reglamento de la perfecta liviana que sabe cumplir concienzudamente con sus deberes profesionales.

Como Augusto, cerca de las doce ya, vestido y compuesto, hiciera ademán de sacar la cartera, Alicia se mostró ofendida.

—¿No te da vergüenza? ¿Puedes suponer que voy a tomar dinero de ti?...

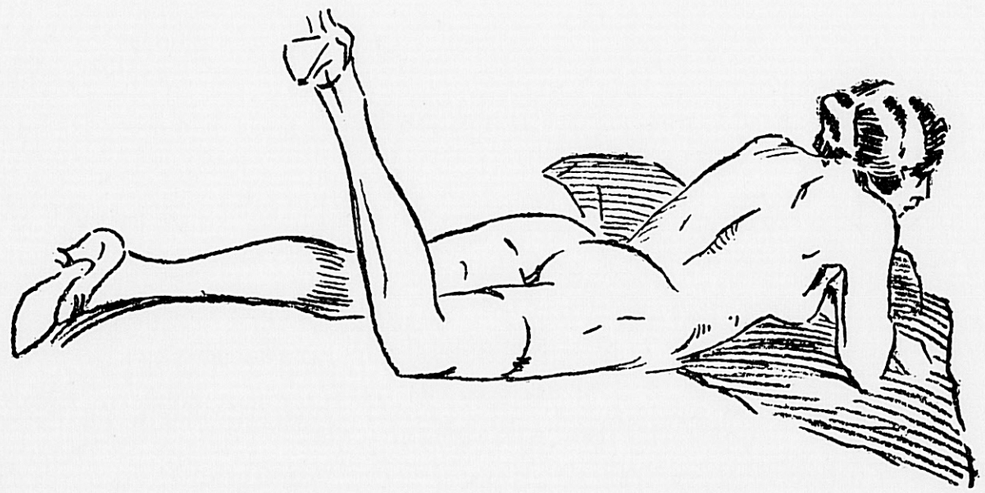
—Lo sospechaba, Alicia. Pero, por lo menos, no me negarás el gusto de comprarte cualquier chuchería...

—Si por eso es..., para que no lo tomes a desaire, te voy a aceptar una cosilla que se me ha antojado...

Salieron juntos a la calle, del brazo, y Alicia le condujo a la peletería. La piel que soñaba estaba, pocos momentos después, en su poder. Ya en el auto besó a Augusto con efusión, le rodeó la piel al cuello y le dijo:

—¡Cuánto te quiero! Siempre que quieras, ¿eh?, siempre que quieras...; te llevo en el alma, y por ti dejaría plantado al mismo Rostchild...

Augusto se sentía más feliz que nunca. Verdad que, camino de la estación, no le quedaban más que doce francos de sus mil y el billete de vuelta. Pero se sentía inmensamente dichoso.



IV

Augusto Bonnard había empezado a sospechar que no había nacido para la vida del campo. Pero desde aquella noche inolvidable la sospecha se había convertido en certidumbre, y la certidumbre en desesperación. Le daban ganas de estrangular al secretario, al notario, al maestro y al tío Lapa, cuando éstos se ponían a hacer esfuerzos sobrehumanos de ingenio para despertar su buen humor. Pateaba rabiosamente los sembrados de su huertecillo. Se resistía con heroísmo; pero todas las noches evocaba en sueños la piel satinada de Alicia, sus frases, el olor a cuero curtido que se desprendía de sus más íntimos encantos, y el deseo, con sus dedos de seda, le cosquilleaba en los lugares más sensibles de su cuerpo... Era

un sufrimiento continuo, que, al fin, sobrepasó las fuerzas de Augusto, le venció, le dominó y mandó como dueño y señor en él.

Finalizaba agosto. Augusto, con su maletín en la mano, fué a parar con sus huesos a una fonda de la calle de Víctor Massé, donde se encontró a un viejo compañero de los buenos tiempos del *Au bon gros diable,* que se había establecido. Bebieron juntos y brindaron por Alicia, la morenaza bordelesa.

—¿Qué quieres, hijo mío?—decía Augusto, guiñando los ojos—. Es hora ya de que uno se divierta un poco, después de tantos años de estar viendo cómo se divertían los demás. Alicia me gusta, y yo le gusto a ella. ¿Qué va a hacer uno? ¿Para qué se quieren estos miserables francos que uno va ahorrando, sino para hacer la vida menos lúgubre de lo que es?...

Las doce de la noche habían sonado hacía ya largo rato, y todavía estaba esperando Augusto, en el *Au méchant diable maigre,* a que llegara su Alicia, la que le llevaba en el alma. ¿Qué le habría pasado? Una jovencita, delgada, esbelta, con cara de golfo, se sentó junto a él y le dijo:

—Ya sé quién es usted, M. Bonnard, aunque usted no me conozca a mí...

Entablaron conversación, y Augusto vino en conocimiento de que Alicia no estaba en París. Había salido para la Baja Bretaña, con un artista que pintaba con zumo de frutas sobre papel de embalaje y que no vendía un cuadro porque estaban siempre negros de moscas.

La chicuela se llamaba la Ptitson y tenía un encanto particular que empezó a embriagar a Augusto. No eran las dos aun cuando salían ambos y entraban en la fonda donde Augusto residía.

—¿No habrá inconveniente?...—insinuó Bonnard a su amigo.

—De ninguna manera—condescendió éste—. ¡Qué diablo! ¡La juventud es la juventud! Sólo os pido que no cantéis la Madelón y que no hagáis agujeros en la pared... ¡Si vierais el dineral que me gasto en masilla! Hay veces en que temo que me conviertan la casa en un colador...

Ptitson era la antítesis de Alicia. Una melenita rubia, una naricita arremangada, una boquita fina con dientes perlinos, unos ojos pícaros verde esmeralda, unos pechecitos alimonados... Aquella noche hizo gustar a Bonnard placeres nuevos, de que éste no tenía ni la más leve experiencia. ¡Era exactamente una terrible ventosa aquella niña, que hubiera podido pasar por un doncel! El hermafrodita del Museo del Louvre, vivo, palpitante, ardentísimo y con un lindo sexo escondido entre dos muslos torneados como dos esbeltas y delgadas columnas. Un prodigio de armonía en lo sutil, lo precioso, lo lindo y menudo...

Cuando recobró sus sentidos Augusto, tras aquellas depuraciones de la concupiscencia de que era tan indiscutible maestra Ptitson, la cogió por las finas caderas de andrógino y, sentándola sobre su torso, empezó a charlotear con la menuda hetaira.

—Yo ya tengo hecho mi plan, que es más simple que el hacer un bebé. Estaré en el oficio hasta los treinta años, y con lo que haya ahorrado, me iré a Marsella o a Burdeos o a otra ciudad así, y pondré una tiendecita, casándome previamente con un tipo que me guste y que sepa llevarme bien

las cuentas. Yo estoy por lo positivo, querido. Pregúntame, pregúntame cómo va el cambio de todos los valores en Bolsa... Te los digo todos de memoria.

Y siguió en esta forma, hasta que, después de ser felicitada por Augusto por su sentido práctico, le soltó a boca de jarro:

—No, no creas que esto te lo digo a humo de pajas..., pues ya sabes tú, vidita, que hay pajas que echan humo. Después de haber hecho juntos nuestras cositas, podemos ya tener alguna confianza y decírnoslo todo. Las compañeras suelen tener para su uso particular jovenzuelos achulapados que las arrean candela y las chupan el dinero... ¡No, ricos! A mí no me pesca uno de esos niños bonitos. Siempre he pensado que, de arrimarme a alguno, que sea un tipo ya de años que no me desagrade y que me aconseje en los negocios. Y tú, que conoces Rigalle al dedillo, sirves que ni pintado para el caso. Me has entrado por el ojo derecho, viejillo. Conque, a las tres.

Aunque sorprendido, en el fondo, Augusto se sintió halagado por la proposición. "¿Qué las daré?", pensó. No obstante, hizo algunas objeciones. Su seriedad, su posición... Pero Ptitson se apretó contra él, mimosa, insinuante, enloquecedora... Catedrática eminentísima de ese *jiu-jitsu* de los sentidos, que conoce todos los lugares del organismo masculino donde reside el placer, y la manera de insistir sobre esos lugares para producir voluptuosidades inimaginables y enervantes. Ptitson tardó muy poco en vencer en toda la línea los escrúpulos de Augusto, que se rindió con armas y bagajes.

Al mediodía, Ptitson, mientras se vestía, le indicaba los valores que parecían más seguros, y le pedía consejos sobre otros que no conocía bien a fondo. Dejó encargadas dos o tres comisiones a Augusto, y salió, no sin besarle antes de un modo quemante. Poco después, el ex *maitre d'hôtel* salía también, lleno de orgullo y muy satisfecho de sí mismo. El sol brillaba; la vida era digna de ser vivida.

Junto al mostrador de la fonda estaba una preciosa jovencita, en peinador, alborotado el pelo, con una botella de leche en la mano, y gimoteando; tenía una interesante carita de virgen del Renacimiento.

—¿Por qué llora la lindísima niña?—preguntó Augusto, con galantería.

—¡Esos canallas de hombres!—prorrumpió la virgencita de fra Angélico—. Anoche pesqué un tipo en el bul. Le traje aquí, y esta mañana me pregunta el muy ladrón: "¿Cuánto te debo, pichona?". "Treinta francos, le respondo... Me parece que yo bien valgo eso, ¿no cree usted?" Pero tuve otra idea luego, y le digo: "O, si no, mira, paga mi semana de habitación abajo, y vuelve." En efecto, se va, y yo, cansada de esperarle, bajo... ¡y me dicen que se ha marchado sin decir ni adiós! ¿Seré tonta, señor? ¡Esto le pasa a las que, como yo, se entregan hasta el troncho! ¡Y pensar que mandé poner sábanas limpias por él! Lo que es en lo sucesivo, le aseguro a usted que haré lo que Pepita, que les da un beso al entrar y una patada en el trasero al salir. No merecen ustedes otra cosa. ¡Mala peste!"

Augusto se sintió magnífico y pagó la semana de la virgencita renacentista en el mostrador. Ella le manifestó calurosamente su reconocimiento, y Augusto la llevó a almorzar



a un restaurante italiano, famoso por sus ravioli con pimienta.

Se llamaba Anita. Durante el almuerzo, hizo toda clase de confidencias a Augusto, y, sobre las siete, los dos juntos, formando una tierna y acaramelada pareja, volvían a entrar en la calle de Víctor Marsé.

—¿A pares?—le dijo, asombrado, a Augusto, su viejo amigo el fondista.

—Ya ves. Hay que ganar el tiempo perdido...

V

Augusto encontró la virgencita del Renacimiento de lo más delicioso que se puede decir ni pensar. Tumbado panza arriba en la cama, presa de una dulce laxitud, acariciaba las carnes blancas de la joven, cuando dieron dos golpecitos discretos a la puerta.

Anita pensó que sería Agamenón, un estudiante de Filosofía y Letras que le visitaba frecuentemente, con buen fin, pues la creía una mecanógrafa de buena familia venida a menos. Pero no era el estudiante. Era Mariana, una amiga íntima de la virgencita. Era una de esas figuras femeninas opulentas, de caderas espléndidas, de enormes pechos levantados y provocativos, de nalgas arrogantísimas...

Anita presentó a Augusto y Mariana, para honrar mejor al amigo de su amiga, se desnudó y se metió con ellos en

la cama, donde los tres empezaron a charlar regocijadamente. El tiempo se pasó sin sentir, y los tres felices mortales probaron, en el lecho, en honor de Euclides, que tres cuerpos paralelos se pueden encontrar en un punto.

Ya cerca de las diez, llamaron nuevamente a la puerta. Esta vez, sí era Agamenón. Anita se echó un peinador y salió a abrir. Agamenón era un bigardo larguirucho, flaco, con una nariz de "alquitara pensativa" y una cara de atontado que daba gozo. Embebido en sus estudios de Filosofía, era puro como una niña recién nacida—no nos atreveríamos jamás a llevar mucho más adelante la comparación—y no se hubiera acercado jamás a una de esas mujeres que venden su cuerpo. Recto, inflexible y algo estoico, no transigía con determinadas imprescindibilidades sociales.

—No me riña usted, Agamenón—le explicó Anita—. Mi amiga Mariana Plombert es una compañera de oficina... Me pidió que la prestara mi habitación, pues tenía necesidad de convencer prácticamente a M. Bonnard, hombre que tiene grandes relaciones en Bolsa y que le puede asegurar el porvenir... ¿Comprende usted?

—Comprendo, señorita—respondió Agamenón, filosóficamente indulgente.

Presentaciones ceremoniosas. Cuando se rompió el hielo, Augusto propuso que se fueran los cuatro a cenar. Mientras Mariana se vistió, Agamenón estuvo vuelto hacia la pared. Cuando el dueño de la fonda vió salir a Augusto del brazo de Mariana, se quedó asombrado:

—No hay dos sin tres—exclamó—. ¡Qué bárbaro!

La comida fué de las más alegres. Augusto estaba ocurrente como nunca, y contaba unas historias picantes que levantaban ampollas. Se bebió a todo beber, y Agamenón, que no bebía más que silogismos y agua clara, empezó a deslizarse por el tobogán vertiginoso de la embriaguez. Mariana decía al oído a Augusto:

—Hagamos que la pesque ese arenque.

Y Augusto pedía más vino. Anita se reía hasta dolerle los riñones. Agamenón, con los lentes en la punta de la nariz, el sombrero ladeado y un vaso en la mano, decía con voz gangosa:

—Corra el vino tal que el yo de Berg en mí subconsciente y establezca en nosotros su imperativo categórico. ¿Qué importa que nos haga retroceder al hombre de las cavernas escandinavas? Platón era un cerdo. Corramos a lo absoluto espoleados por la razón práctica. Cogito, ergo, bebo. Luego Freud me ha inoculado la gran libido. La experiencia reside en el páncreas. ¡Quiquiriquí!...

—¡Buena la has agarrado, rico!—le decía Anita, sofocada por la risa.

A las once de la noche, Agamenón buscaba sus lentes en el cubo del hielo con el mango de un paraguas, y Augusto tenía a Anita sentada sobre sus rodillas y a Mariana a horcajadas sobre sus hombros. La bacanal continuó en la habitación de Anita.

Bien hubiera querido regresar a Allceaurcone al día siguiente Augusto, pero Ptitson vino a verle para que la acompañara al Banco de Francia, a instalar una caja de fondos. Al otro, fué Anita la que le vino a buscar para contarle cosas de Agamenón, que lloraba como una doncella a la que se hubiera arrebatado su virginidad. Ello fué que Augusto no regresó a Allceaurcone hasta que no se quedó sin blan-

ca. Pero nunca le pareció tan insoportable la aldea. Pronto realizó algunos bienes, reunió tres mil francos y regresó a París, a su adorado Montmartre, que le atraía como el imán al acero.

No había hecho más que entrar en su habitación de la fonda de la calle de Víctor Marsé, cuando le avisaron de que un joven preguntaba por él. Era Agamenón, que le había estado buscando con ansiedad todos los días. La juerguecita le había dejado un sabor de boca que no le dejaba vivir, y quería repetir. El solo no se decidía; tenía necesidad de Augusto para animarse. En fin, que el filósofo había hallado la fórmula suprema del ser pensante en el lecho de Anita, y había renegado de Epicteto, de Empedocles, de Kant, y hasta de Ortega Gasset y Eugenio d'Ors para pasarse á Epicuro.

Mientras comían juntos en *Au mechant diable maigre,* Agamenón le hizo confesiones desoladoras.

—Me he dado cuenta ahora de que debo haber nacido bajo el signo de Venus. Si Nietzsche me hubiera conocido, me hubiera clasificado entre los dionisíacos.

Ptitson, enterada de la llegada de Augusto, llegó al restaurante, y le besó con ternura.

—¿Es tu hijo natural ese feto?—le preguntó.

—No, Ptitson. Respétale: es un dionisíaco.

—¿Y qué es eso? ¿Alguna nueva aberración del sexo?

Pero cuando Augusto, al oído, le hizo saber que Agamenón tenía dinero, Ptitson cambió de opinión sobre el estudiante. Acaso no fuera muy airoso el papel que Augusto estuvo desempeñando durante la comida, pero al día siguiente no pensó ya en ello, cuando Ptitson le fué a buscar a su habitación, y, entregándole un billete de 500 francos, le dijo:

—Anda, vidita; vete a colocarme esto en las acciones de las minas de corcho de Mesopotamia. Se lo saqué anoche a tu estudiantillo. ¡Vaya un troncho, chiquillo!... Tú sí que...

Augusto estaba en la cama, y Ptitson, como si adivinara los llamamientos que el recuerdo de la antigua probidad hacía a la conciencia del buen hombre, se echó sobre él, como una nube de langosta sobre un sembrado, y, vampiro seductor, le absorbió la conciencia entera, sin dejarle ni un mínimo resto de ella...

VI

—¿Se muda usted, señora Pompiére—preguntó Alicia, mientras se empolvaba hasta la raíz de los pelos en el tocador del *Au mechant diable maigre*.

—No; esta maleta es de M. Augusto, que me ha dicho que se la guarde aquí.

—¿De Augusto?... ¿Qué ha sido de él, en todo este tiempo que he estado en la baja Bretaña?

—¡Pobrecillo! Se ha quedado sin un franco ya. Lástima da verle.

—¿Qué me dice usted, señora Pombiére?

—Lo que usted oye. El se lo ha buscado. Ptitson, aquella gorrina que bebía te con éter, le hizo su administrador, y tan bien se las arreglaba Augusto, que Ptitson habló a las compañeras y hubo unas cuantas que le confiaron sus fondos.

Pero, con la vida que llevaba, no es de extrañar que algo se le escurriera entre los dedos, y como le amenazaran con meterle en la cárcel, tuvo que vender su casita, y ahora anda tirado por ahí como un guiñapo...

—¡Pobrecito!—lamentó Alicia.

Cuando entró en el bar, percibió a Augusto, solitario y triste en un rincón. Estaba más viejo, desaliñado y con la camisa no muy limpia. Se acercó a él, que lo abrazó con ternura emocionante. Le contó cómo había tarifado con el pintor, aplastándole en la cabeza un retrato que le había hecho, pintado con jugo de melocotones, de frambuesa y de uvas aplastadas. Augusto le contó sus desventuras, y aquella noche durmieron juntos.

Por la mañana, Augusto, que había dejado su maleta en casa de Alicia, paseaba melancólicamente por la orilla del Sena, provisto de cincuenta francos que su antigua amiga le había metido en el bolsillo, cuando sintió que le daban un golpecito en la espalda. Se volvió, y se encontró de manos a boca con Agamenón.

Se había doctorado, obteniendo una cátedra en un liceo de provincias. Su padre, muy contento, le había dado tres mil francos para que se pasara unos días alegres en París, antes de entrar en funciones.

—Ya no soy el mismo, M. Augusto—contaba Agamenón con voz severa—. Desde los tiempos heroicos de Anita, de Mariana y de Ptitson, he progresado en la vida. Soy un cuáquero. Sólo he tenido un lío, con una corista inglesa, que no comprendía de amor más que en presencia de una tercera persona, una amiga suya, que me exigía después que fumara opio en sus brazos... Después, tuve que ver con la mujer de un banquero, muy guapa y muy histérica, que me inició en las dulzuras de la flagelación; por ella estudié a Masoch *en animavili*. Por fin tuve que entregarme a la cocaína con una literata que consume seis cucharadas de sopa al mes; ésta me trasladó a una niña anamita, recién llegada... Ya ve usted: una vida inocente, sin eso que se llama libertinaje. Ahora, ahora es cuando quiero entregarme de lleno a los placeres, y he tenido la fortuna de encontrarle a usted para que me inicie... Lo primero que vamos a hacer es ir a buscar a una dama, amiga mía, maestra en la materia...

Fueron cinco días indescriptibles. Las delicias en el lecho experimentadas con Alicia, con Mariana, con la misma Ptitson eran simples jugueteos castos y púdicos comparados con los placeres *dernier cri* que aquella dama, Mme. Constanza de l'Escooquillage, hizo experimentar a Augusto. Sadismo, masoquismo, opio, cocaína, flagelaciones; toda aberración, toda sublimación en su cleopatrismo inagotable...

Gastados los tres mil francos hasta el último sueldo, Agamenón se volvió a su provincia y Augusto fué a llamar, humildemente, a la puerta de Alicia, que le riñó largo rato por su calaverada, le dió buenos consejos y acabó por permitirle que durmiera en su habitación, en un diván, detrás de un biombo, hasta que las cosas mejoraran. Era toda corazón aquella Alicia, y no dejaba de tener razón en parte cuando se emborrachaba y decía a grito pelado:

—¡Venid a mí, que tengo en forma de corazón lo que otras tienen en forma de panecillo!

Desde aquel día, Augusto la llevaba el café y el *croissant* con manteca a la cama todas las mañanas; le hacía todos los menesteres domésticos, le servía como un perro, y sólo an-

siaba como premio oír desde el cuartucho contiguo, donde dormía sobre un desvencijado diván, el piafar del amor en ebullición cuando Alicia llevaba a su habitación alguna conquista, que era casi todas las noches. Entonces Augusto mordía frenéticamente la cobertera que le protegía en aquel lecho de Procusto, sufría estremecimientos y calofríos en el paroxismo de la sensualidad excitada, hervía su medula toda y acababa por caer casi desvanecido, como si hubiera llegado a los más inenarrables excesos.

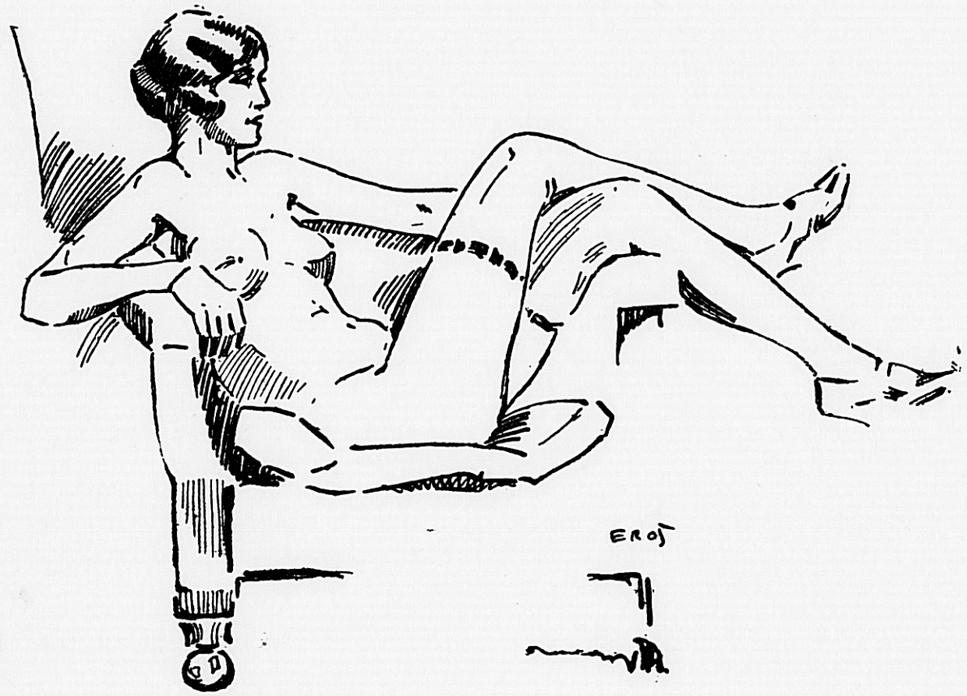
Alicia, que tenía para él un afecto casi filial, le aconsejaba que pidiese una plaza de *maître d'hotel*; pero Augusto la respondía siempre con desaliento:

—No, ahora no podría. Más adelante, quizá; déjame estar a tu lado un poco más...

No pudo ser mucho más. Un día, por adentrarse más en el corazón de Alicia, cometió una tontería de las gordas: deslizándose por debajo de la cama, le quitó la cartera a un cliente de la muchacha, y a la mañana siguiente se la presentó a ésta con grandes demostraciones de contento y haciéndose el pícaro. Y el resultado fué que Alicia perdió el cliente, un buen paleto que venía a verla todos los meses. y, además de pagarla con esplendidez regia, la hacía frecuentes regalos en especie.

Aquella vez apuró la colilla de la compasión y mandó a Augusto con viento fresco.

Augusto apeló a todos los recursos para seguir viviendo y seguir, sobre todo, aspirando el perfume que le embriagaba del tocador de las hetairas, el sudor de sus camisas, las emanaciones de sus pantalones, el jadeo de las "planchas yuxtapuestas", los suspiros roncos de los orgasmos...



Apeló a Ptitson, que le regaló veinte acciones de un Banco que había quebrado fraudulentamente; Mariana le recomendó a uno de sus parroquianos para que le colocara en el metro, pero Augusto le dió las gracias y se prometió no volver a correr el peligro de pedirla favores; Anita, la virgen del Renacimiento, le puso en comunicación con un amigo íntimo, y éste le propuso un negocio de apachismo ante el que Augusto retrocedió espantado. Los tres mosqueteros le pusieron, los cuatro a la vez, la proa desde el caso de Alicia...

Fué vendedor de postales alegres y de pinturas con sorpresa miradas al trasluz, *cicerone* nocturno de inexpertos en los caminos de Citerea, mozo de noche de una casa toda alcobas... Una noche en que, estando ejerciendo esta última profesión, se revolvía frenético entre las sábanas, llenas de poluciones, del lecho que acababa de abandonar una pareja, sintió un dolor agudísimo en la espalda y quedó tendido. Lo llevaron al hospital, donde estuvo tres meses muy enfermo. Y como el corazón femenino es un inescrutable misterio, la noticia de que se encontraba en el hospital circuló entre su mundo y Alicia fué un día a verlo, perdonándole su trastada, besándole cariñosamente y dejándole tabaco y golosinas.

Acaso fué una ventura aquella estancia en el hospital, pues Augusto salió de allí sintiéndose otro hombre, el mismo que era cuando se despidió del *Au bon grosdiable* para retirarse a Allceaurcone. Frisaba en los sesenta y dos años. Los cuidados de que le habían hecho objeto todas sus antiguas y adoradas conocidas, desde los tres mosqueteros que eran cuatro hasta la misma Ptitson, le habían repuesto del terrible desgaste de su vida desenfrenada.

Ya en la calle, vió con un poco de terror que tendría que empezar de nuevo. En ello pensaba, apoyado en el pretil del antiquísimo Puente Nuevo, cuando sintió que le tocaban en la espalda. Se volvió y su principio de terror se convirtió en verdadero pánico. Ante él, como en otra ocasión famosa, estaba nada menos que el famoso Agamenón, pero no era el Agamenón flacucho, pálido y esmirriado de otros tiempos, sino un Agamenón gordo, colorado, lustroso...

—¡Mi querido M. Augusto!—le dijo, abrazándole—. ¡Cuánto me alegro de verle a usted!

—¡Vuelta a empezar!—pensó Augusto con melancolía, y añadió en alta voz—: ¿Venimos a divertirnos, eh?

—¡Calle usted, hombre! Nada de eso. Tengo una cátedra en Poitiers, me he casado, pronto seré padre y me siento feliz en la vida tranquila. ¿Y usted, qué es de usted?

Augusto le hizo el relato de sus desventuras y Agamenón que, en medio de todo, era una buena persona, le ofreció llevársele a Poitiers, de bedel de su Instituto. Augusto vió su salvación en esto, y aceptó sin vacilaciones.

Un año después volvió a París, a hacer una comisión que Agamenón le encomendara. Hecha ésta y tras haber cenado en un bistro barato, tuvo el capricho de ir al *Au mechant diable maigre* a tomar una copita de Chartreux, sólo una. Apenas había entrado, fué Ptitson, que se aburría en un rincón, a saludarle, muy zalamera.

—¿Qué ha sido de usted, viejo libidinoso?

Después de informarla brevemente de su transformación, Augusto la preguntó por Alicia.

—¡Pobrecilla!—contestó Ptitson con voz lastimera—. En este año en que has estado fuera han ocurrido muchas cosas. Los tres mosqueteros que eran cuatro han deshecho la sociedad, por culpa de un *macquerau* que se echó Germana y

que quiso ser el gerente con manos puercas, y la pobre Alicia. por defender a su amiga, un día que el gerente la estaba castigando, recibió un silletazo de éste en la cara que la dejó un poco desfigurada... Ya no sirve para el oficio a la alta escuela, y anda...

—No me digas más—interrumpió Augusto conmovido—¿Dónde podré encontrarla?

Se lo indicó Ptitson y Bonnard se despidió de Ptitson, y, cogiendo un taxis, fué hasta el apartado barrio parisino donde Alicia tenía al presente su coto...

Desesperaba ya de encontrarla, tras una larga pesquisición, cuando, al volver una esquina, en una callejuela infecta, oyó que murmuraban a su oído:

—Oye, buen mozo; ¿quieres que te dé mucho gusto? Tengo jaboncillo en la mano...

Era ella: La abrazó y la besó con ternura. En efecto, el silletazo del *macquerau* le había dejado aplastada la nariz, torcido un ojo y partido un labio.

En un cafetín hediondo de aquellos alrededores, Augusto contó a Alicia su nueva prosperidad y acabó diciéndola:

—Alicia, yo te he querido siempre. De esta vida de París, no he echado de menos, allá en Poitiers, más que una cosa: tú. ¿Quieres venir allá conmigo?

Alicia contestó con un beso inefable.

Augusto contestó besando también con efusión aquel labio partido, y le pareció que volvían tiempos que estaban ya sumidos en las tinieblas del tiempo. Aquel otro labio partido...

¿Sería una predestinación?

De todos modos, eran la paz y el bienestar que volvían.



FIN

Lea usted el Almanaque de LA NOVELA EXQUISITA, magnífico tomo de 192 páginas de texto con una portada a todo color, en el que se publica íntegra la traducción de la famosa novela de

Octavio Mirbeau

titulada

Memorias de una doncella

con numerosas ilustraciones de MIRKO

Precio: DOS PESETAS

LA NOVELA EXQUISITA

APARTADO 9.035 **MADRID**

Precios de suscripción

	Pesetas
Trimestre	7,50
Semestre.....	14,00
Año.....	27,00
América y Portugal, semestre	16,00
Idem ídem, año	30,00
Extranjero, año	35,00

Hacemos los envíos mensualmente y certificados, teniendo derecho los suscriptores a recibir sin aumento de precio los números extraordinarios que se publiquen.

Los lectores de América y extranjero que deseen hacer pedidos de los números publicados al suscribirse, deberán remitirnos previamente el importe (**60 céntimos por ejemplar**) en moneda española, por cheque a nuestra orden. En igual caso, los lectores de España pueden remitir el importe en la misma forma, por giro postal o bancario o sellos de Correos españoles.

NUMEROS PUBLICADOS

Se remiten los números que a continuación se mencionan, previo envío de su importe a esta Administración, Doctor Esquerdo, 6, en sellos de Correos españoles o Giro postal.

LA NOVELA EXQUISITA

NUMEROS PUBLICADOS

El prodigioso experimento del doctor Beauchamp

NOVELA POR

AÑSELMO CASTALLA

La escuela de los amantes

NOVELA POR

VALENTIN DE PEDRO

Las voluptuosidades de Celia

NOVELA POR

ALBERTO MARTINEZ THOMAS

La combinación rosa

NOVELA POR

JULIO CORTIS

Con cuatro jacas castañas...

NOVELA POR

JUAN G. OLMEDILLA

La moda parisién

NOVELA POR

VALENTIN DE LA VILLA

Memorias de una libertina

POR SU PROTAGONISTA

GUILLERMINA DEVRIENT

El jardinero mudo, las ocho hermanas y la madre

NOVELA POR

JUAN G. OLMEDILLA

En la pendiente

NOVELA POR

DIEGO COLLADO

La morfina

NOVELA POR

VICTORIANO DE SAUSSAY

Todo... a través de la reja

NOVELA POR

TOMAS ORTIZ

American film

NOVELA POR

RICARDO GÓMEZ OSIEL

Una "Guayabito" a lo Penagos

NOVELA POR

JOSÉ ORTEGA DE AYALA

Hay que estar siempre encima

NOVELA POR

IESÚS FRANCO

Una insaciable

NOVELA POR

HEINRICH WAGNER

Una niña desaparecida

NOVELA POR

EDUARDO CORBIN

Mariquita, cautiva de los moros

NOVELA POR EL MISMO AUTOR

En la casa del pecado

NOVELA POR EL MISMO AUTOR

La ciudad del vicio

NOVELA POR

EDUARDO CORBÍN

La dote de Yvonne

NOVELA POR

FERNANDO PINTADO

Un hombre de honor

NOVELA POR

IULIO CORTIS

Las angustias de Angustia

NOVELA POR

ANTONIO LOPEZ

La señorita Curiosidad

NOVELA POR

J. BEGUÍN

La Iniciadora

NOVELA POR

ANTONIO MOLINARI

Una señorita «bien»

NOVELA POR

VALDEMAR

Nena Berta

NOVELA POR

CONRADO VEIRA LOYGMI

Una historia libertina

NOVELA POR

JUAN DEL BREZO

O-hana-Man, flor de amor

NOVELA POR

OSHI-HO-MIMI

Un sátiro moderno

NOVELA POR

ALVARO RETANA

Una inglesita en Nápoles

NOVELA POR

PEDRO CUENCA

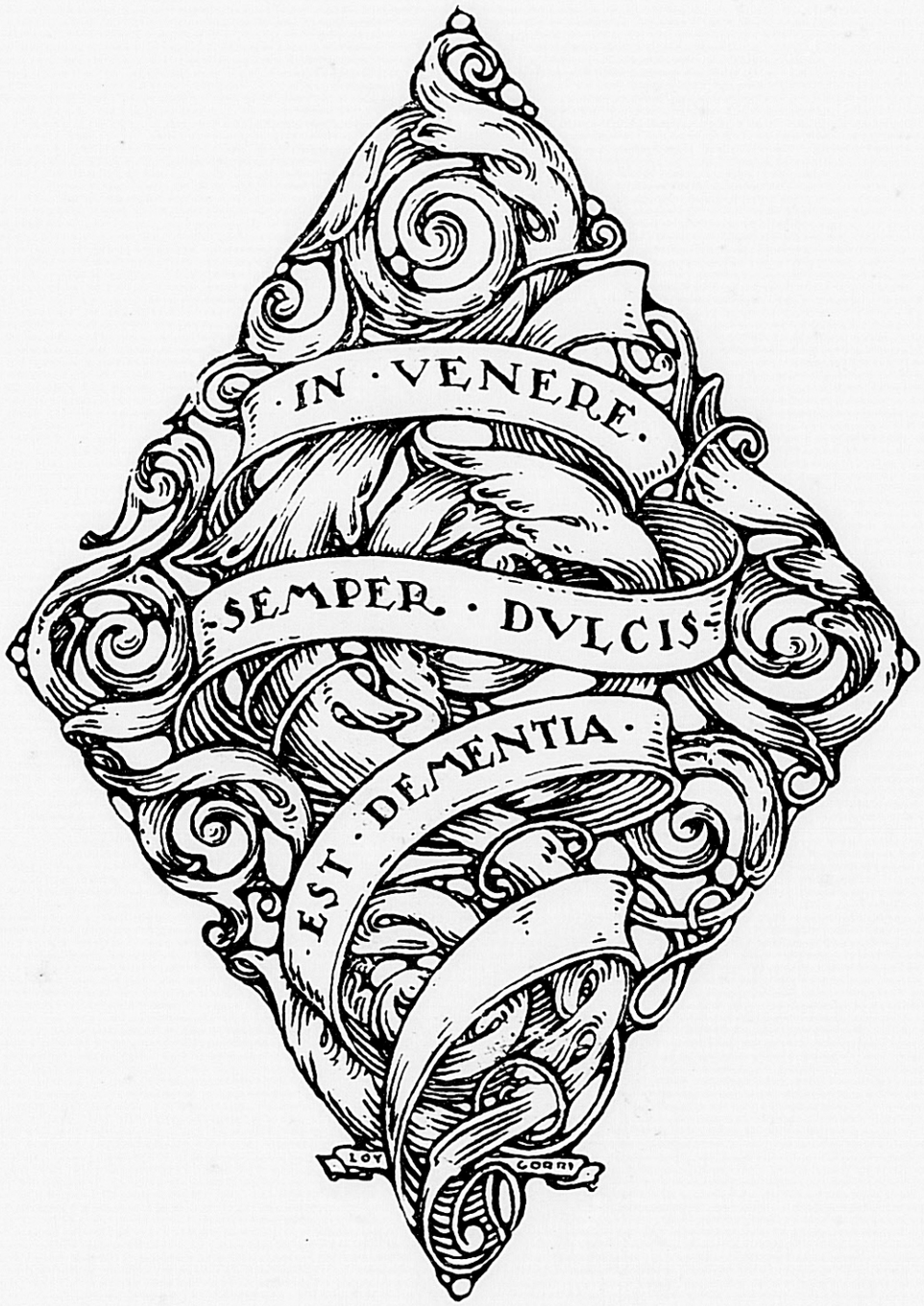
Dos blancas y una negra

NOVELA POR

CRISTINO BURGOS

Conserve cuidadosamente todos los volúmenes de esta colección y llegará a reunir una valiosa biblioteca.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID



Imp. Zoila Ascasíbar y C.ª
Martín de los Heros, 65